

Arturo Aldunate Phillips.—

Premio para una nueva dimensión de literatura

Hay una literatura "para" y la otra, la que crea directamente obras que subsisten por sí y se bastan a ellas mismas y la que toma pie de la historia, de la ciencia o de otros temas para explicarlos y aproximarlos a la inteligencia del público lector.

Cuando se otorgó el Premio Nacional de Literatura a don Francisco Escina, se produjo una larga discusión al respecto. Se estimó por algunos que la historia era ciencia, investigación y, por tanto, quedaba fuera de los márgenes de la literatura de creación. Se dijo incluso entonces que, por elegante y refinado que fuera el estilo de un economista, no cabría concederle un Premio Literario.

El tiempo ha pasado y las circunstancias se han abierto a otras experiencias. La literatura no sólo comprende, a juicio de muchos, las creaciones específicamente tales, como el verso, la novela, el teatro, sino que se extiende a todo lo que se dirija a un lector y le ofrezca temas bien escritos y en que haya una manera de fantasía, un aporte estético.

El caso de Arturo Aldunate Phillips, que acaba de ser elegido para el Premio Nacional de Literatura 1976, presenta una fisonomía análoga. Se recuerda de él una obra literaria juvenil, que no tuvo posterior secuela. Luego siguieron libros de ensayos científicos, sobre temas matemáticos y físicos, entremezclados con dos estudios acerca de la poesía de Federico García Lorca y de Pablo Neruda, respectivamente. Los dos representaban una audacia, ya que por entonces ambos escritores constituían una novedad y el segundo, que acaba de dar a su luz su "Residencia en la tierra", aparecía como una incógnita, un mundo inaccesible de sueños, pesadillas, babiluceos, relámpagos líricos y una fuerza enraizada de obsejivo poder.

Lo que el Jurado distingue en la obra del escritor es la apertura hacia un género nuevo y original: el ensayo científico. Prima en este género la claridad de la exposición, la documentación firme y bien organizada, la compenetración con los problemas que contemporáneamente se suscitan en esa órbita y el don pedagógico para que sean entendidos por lectores que carecen de especialidad en dichas disciplinas.

Es evidente que en presencia de tales propósitos, la obra abdica de su carácter de literatura "para", en el sentido en que la señaláramos al comienzo. Ni es poema ni ficción novelesca, no conlleva sentimientos, emociones, goces o sufrimientos que se transfieren al lector para hacerlos participar en ellos, ni consulta personajes, observaciones psicológicas o conflictos. Tampoco aspira a una subsistencia por sí misma y se



Arturo Aldunate, Premio Nacional de Literatura 1976

halla sujeta inexorablemente a transcurrir a envejecer, en la medida en que los temas abordados pasen a ser dejados atrás por los avances de la ciencia y las conquistas de la tecnología.

Dos rasgos sobresalen en los libros de ensayo científico que firma Arturo Aldunate: información cuidadosa, lecturas múltiples y densas, asimilación del pensamiento moderno y de los avances de la ciencia pura y de sus aplicaciones a la vida humana contemporánea, y del otro lado un sentimiento espiritual de las realidades cósmicas que impulsan a meditar en la grandeza y en la miseria del hombre, en el esplendor de su inteligencia ávida y penetrante, que descubre mundos, horada misterios y se apodera aun de las cosas más lejanas, y en el frágil ser que se yergue ínfimo e indefenso en medio de ese vértigo de los astros y del Universo.

La ciencia, especialmente la aplicada, la que ingresa al servicio de intereses y necesidades, ha transformado violenta y repentinamente al mundo en que estábamos habituados a vivir, en cuya superficie nos movíamos con seguridad y

confianza. De pronto la insignificancia de la tierra se ha vuelto más tangible, más abismante. Somos un pequeño punto en el espacio. El infinito, que tantos negaron, está allí, a la puerta, y todo habla de una creación que sobrepasa al hombre, de una ingeniería cósmica que excede de la capacidad de legiones de sabios y de artifices y que hace indispensable, con rigor absoluto, la existencia de alguien que construyera, pusiera en marcha y mantuviera funcionando, moviéndose, entretejiéndose, esos enormes espacios que inundan temor al alma de Blas Pascal.

Entre las conquistas científicas y tecnológicas, el hombre se encuentra hoy con un universo mecanizado, que a su vez implica la presencia de máquinas cuyo poder está a punto de convertir al hombre en un apéndice de los grandes mecanismos, mientras antes era el conductor y el operador de instrumentos que estaban bajo su dominio. La cibernética —mundo abierto por Wiener, maestro y amigo de Arturo Aldunate, está incluso engendrando sustitutos de hombres, mecanismos que actúan "como" si

fuesen seres humanos, y las experiencias del laboratorio intentan crear células vivas en probetas experimentales. Las "utopías" antiguas palidecen ante las realidades presentes y, sobre todo, hacen palidecer a los hombres que se encuentran envueltos y aprisionados entre ellas. Porque los sueños utópicos de un Tomás Moro o de un Campanella, imaginaban mundos ideales y armónicos, en que los hombres convivían en paz, se alejaban de las viejas querrelas y reemplazaban el odio por el temor, la rivalidad por la fraternidad. Los que ahora tenemos a la vista, son como los de la fábula del Aprendiz de brujo de Goethe: sacados de su mutismo y de su inercia, danzan en torno al hombre y organizan una zarabanda que ha adquirido contornos trágicos que a veces se antojan indomables.

La visión que se desprende de las exposiciones del autor premiado ofrece una imagen más esperanzadora de la ciencia y, al divulgar las grandes conquistas, apunta siempre, de alguna manera, hacia la subordinación de estas a los fines humanos esenciales, hacia la necesidad de que este mundo que emerge se construya a la medida del hombre y lo libere de servidumbres y de rivalidades. Un fondo poético, porque el optimismo es poesía, a soma entre las descripciones y los análisis de esta obra que, aunque teñida de cierto agnosticismo, tiene la honradez de llegar a unos umbrales donde se adivina que una presencia superior habita el edificio.

El concepto del Jurado del Premio Nacional de Literatura abandona, la anterior concepción de que esta distinción está reservada sólo a los literatos creadores, a poetas, novelistas o críticos literarios. Por eso prescindió de otros nombres llenos de merecimientos, como los de María Lusa Bombal, Eduardo Anguila o Braulio Arenas, con amplios títulos para obtenerlo, prefiriendo el ensayo científico de Arturo Aldunate, con su predilección por las ciencias exactas y por su conciliación confiada con las demás inquietudes humanas, a fin de forjar soñadoramente una humanidad mejor. En esa perspectiva, el espíritu aparece en la obra premiada como el triunfador final, como el poder que paulatinamente ensancha sus perspectivas, forja instrumentos que acrecientan su fuerza y trata de evitar que se vuelvan contra su fin. De allí que el fallo destaque el rol pedagógico, la función educadora de esta obra, tras la cual late el testimonio de un intenso esfuerzo, de largos años de lecturas y estudios para mostrar el rostro de una ciencia humanizada y de una humanidad dueña de los poderes científicos y tecnológicos, puestos al servicio de sus permanentes destinos.

Fernando Durán V.